

MI PAPÁ

Aquel día había sido extrañamente frío. Andaba deprisa y mis tacones resonaban contra el asfalto mojado. Gael me esperaba.

Un silencio insólito caía sobre la ciudad. Los escaparates pasaban por mi lado, iluminándome con sus luces blancas.

Al fin llegué a la pequeña plaza, y la crucé con viveza. En la oscura quietud retumbó el eco de unos pasos apresurados. Me paré en seco.

Nada.

Suspiré. En un banco una pareja se besaba, y tres o cuatro personas paseaban lánguidamente por la calle. Sin embargo un hombre llamó mi atención. Observé a aquel extraño durante unos instantes; hacía varios días que lo veía, siempre solo, siempre alejado, siempre detrás, y su rostro me recordaba a algo lejano e impreciso.

Sonreí, apartando de un manotazo los fantasmas de mi mente.

Frente a mí se levantaba el viejo edificio. Tenía ya la mano en el pomo del portal cuando escuché mi nombre. Me volví sorprendida. El desconocido se acercó hasta mí con lentitud. Era un hombre maduro, quizá de la edad de Gael o algo mayor. Pero evidentemente se conservaba mucho peor que él. Tenía las entradas de una calva incipiente, y su cabello castaño se salpicaba de canas grisáceas.

– ¿Cómo sabe mi nombre?

El desconocido me sonrió torvamente. Un escalofrío recorrió mi espalda.

– ¿No me reconoces, cariño?... Soy papá.

<< Hacía frío, mucho frío. Afuera llovía sin cesar. El cielo se iluminaba con relámpagos blancos y se estremecía con truenos ensordecedores. Todo estaba muy oscuro, y tenía miedo.

Las luces se hallaban apagadas.

“Cariño, duérmete, es tarde”

Abrazaba contra mi pecho un osito de peluche. Tenía miedo, y cerré los ojos.

Escuchaba su respiración entrecortada en la habitación. No quería ver, no quería pensar.

“¿Y mamá? Quiero darle un beso de buenas noches a mamá”>>

Un hondo silencio cayó sobre mí. Le miré atónita, petrificada, inerte.

Mi padre, curioso nombre.

No era más que un recuerdo borroso, una sombra que volvía del pasado, persiguiéndome, entretejiéndose entre mis sueños para atormentarme. Mi padre, la mayor ironía de mi vida. El mayor dolor.

Y ahora volvía. Regresaba para torturarme de nuevo. Sus palabras se retorcían en mi mente, sus ojos me miraban exigiendo obediencia. Y yo quería desaparecer, dejar de existir para conseguir olvidar. Mi cuerpo gritaba, mi alma gritaba, mis recuerdos gritaban, y nadie podía escucharlos.

<<Sentía su presencia, sabía que me miraba.

“Cada día estás más guapa, cariño”

No quería escucharle. Comencé a rezar:

“Ángel de mi guarda, dulce compañía...”

Se sentó en mi camita y empezó a acariciarme el pelo.

Y sonreía, sabía que sonreía.

“... No me desampares ni de noche ni de día...”

Una cremallera lloró en el silencio. >>

Se adelantó hasta mí y retrocedí. Un tremendo asco me convulsionó.

– No me toques... no te atrevas a tocarme...

Él sonreía, me sonreía. Y yo sabía porqué.

– Cariño, te he echado mucho de menos. Vamos, ¿no vas a darle un beso a papá?

Sentía cómo mi razón se disolvía en lágrimas silenciosas.

– Vamos, cariño, sabes lo mucho que te quiero. Hace tanto tiempo que no te veo y has crecido tanto... Estás muy guapa, cariño.

No lo soportaría de nuevo, no podría hacerlo.

<< Sentí cómo se metía debajo del edredón. Otra vez, la última vez. Abrí los ojos. Mis palabras se suspendieron en el aire. >>

Su mano me agarró. Y entonces lo vi con claridad: era una garra, esquelética, abierta, que me aferraba siniestramente. Ahora él tan sólo era un espectro anegado en tinieblas. Mi verdugo había regresado para terminar su trabajo.

Retiré con violencia el brazo y, volviéndome, huí desesperadamente escaleras arriba.

Me persiguió, gritando mi nombre. Pero esta vez yo no iba a obedecerle.

Todo a mi alrededor se borraba; ahora sólo existía el pasado, que me rodeaba, vivo, cruel, sarcástico. Llegué al ático y toqué frenéticamente a la puerta.

– ¡Gael! ¡Gael, ábreme! ¡Gael!

Silencio. Doloroso silencio.

<< “No, papá, ese juego no me gusta” >>

Sentía su presencia, sabía que me miraba desde el último escalón. Me llamó con aquella voz fría que tanto odié, la misma que aún sigo escuchando en mis pesadillas.

Un zumbido empezó a taladrar mi cabeza.

<< Empecé a temblar. Me debatí entre sus manos. No quería, no quería. Mi osito cayó al suelo. >>

Comenzó a andar hacia mí.

Todo estaba perdido. Me destruiría, me destrozaría.

Levantó su mano para golpearme, y yo caí al suelo, hundida. Recuerdo que recé, pidiéndole a Dios morir.

Mi vista se nubló, perdiéndose en sombras confusas. La locura comenzó a susurrar en mi oído...

<< No podía moverme, no podía respirar. Me ordenó que me quedase quieta. Era papá, debía obedecer a papá.

Todo estaba muy oscuro, y yo tenía mucho miedo. Sus rodillas separaron mis pequeñas piernas de niña.

Y él sonreía. Sabía que sonreía. >>

No podía reaccionar. Una imagen distante bailaba en mi cabeza, martirizándome. Y el hombre al que amaba me sacudía, intentando desclavar mi vista de aquel punto fijo.

Poco a poco salí de las sombras que cubrían mi mente. Y rompí a llorar. Gael se sentó a mi lado, abrazándome.

Mi padre yacía en el suelo. Un puñal atravesaba su negro corazón. Y su sangre manchaba mis manos.

– Ya no puede hacerme daño... ya no... nunca más...

<<Empujó con violencia.

Un dolor insoportable recorrió mi cuerpo, partiéndome en dos. Y grité. Él embestía, una y otra vez, desgarrándome.

“¡Mamá!” “¡Mamá!” “¡Mamá!”

Una, otra, otra vez.

Su polla, dura, cruel, incandescente, entraba y salía de mí, despedazando mi cuerpo.

Una, otra, otra vez.

Papá se retorció, jadeando, murmurando.

“Mi niña, eres mía; mi niña, sólo mía”

El tormento ahogó mis gritos. Me quedé sin aliento, boquiabierta, emitiendo apagados sonidos, lastimosos e inarticulados.

Las lágrimas descendían con amargura por mi rostro, bañando mi almohada. Un temblor asqueroso le deshizo, derramándose dentro de mí, resbalando por mi piel.

Al fin terminó la tortura. Terminó y me dio un beso. >>

Sabía que habría vuelto a hacerlo; y no podría soportar de nuevo ese asco, esa terrible repulsión hacia mí misma, ese deseo de arrancarme la piel que él había ensuciado con sus ojos, sus palabras, su cuerpo... No lo merecía, nunca lo merecí...

Han pasados siglos sin nombre, y su recuerdo sigue torturándome... el tiempo no trae el olvido y yo aún poseo toda la eternidad... Todavía escucho sus lamentos... su voz me persigue...

<<“*Buenas noches, cariño. Te quiero*”>>

No me juzguen; no era más que una niña y me arrancó la inocencia de la forma más cruel. Yo tan sólo quería justicia...

Deseé que sintiera el mismo asco y el mismo sufrimiento que él había provocado. Deseé verle hundido en la desesperación que tantas veces cubrió mis noches. Deseé verle a mis pies, implorando con lágrimas de sangre mi perdón. Deseé ver a mi cínico ejecutor morir: solo, humillado, destrozado. Deseé que el verdugo fuese la víctima, el mismo castigo, el mismo dolor.

Porque le odié; le odié durante tanto tiempo que comencé a destruirme a mí misma. Y ni siquiera me importaba.

<<“*Buenas noches, cariño. Te quiero*”>>

Ahora he comprendido que lo que yo ansiaba era venganza. Ahora sé que la venganza no hace más que crear un círculo infernal de sufrimiento.

¿De qué sirve la venganza en este sitio?...

Mi padre. Terribles palabras, cruel ironía. Él, que tan sólo me dejó vacío, y una tristeza infinita y pegajosa que me acompañará durante toda la eternidad. Ya no le odió.

Ya ni siquiera siento...

<<Se fue. Salió para siempre de mi habitación, para no volver a entrar jamás.

Y allí me quedé yo. La sangre fluía por mis piernas, tiñendo de desolación las sábanas blancas. Cerré los ojos. Sollozos. Mi cuerpo se hallaba abierto, mancillado, herido. Me

sentía sucia y vacía. Y quise olvidar aquel dolor.

Olvidar... >>

No me juzguen, ya no importa. Es tan dulce este sitio... esta soledad... el fin...

Muerto, dicen que está muerto. Es mentira. Aún escucho sus gritos.

<<“Buenas noches, cariño. Te quiero”>>